



JUAN DIEZ NICOLÁS

LAVDATIO Y DISCURSO



Solemne Acto Académico de Investidura de Doctor "Honoris Causa"
en Ciencias Políticas y Sociología
UNED

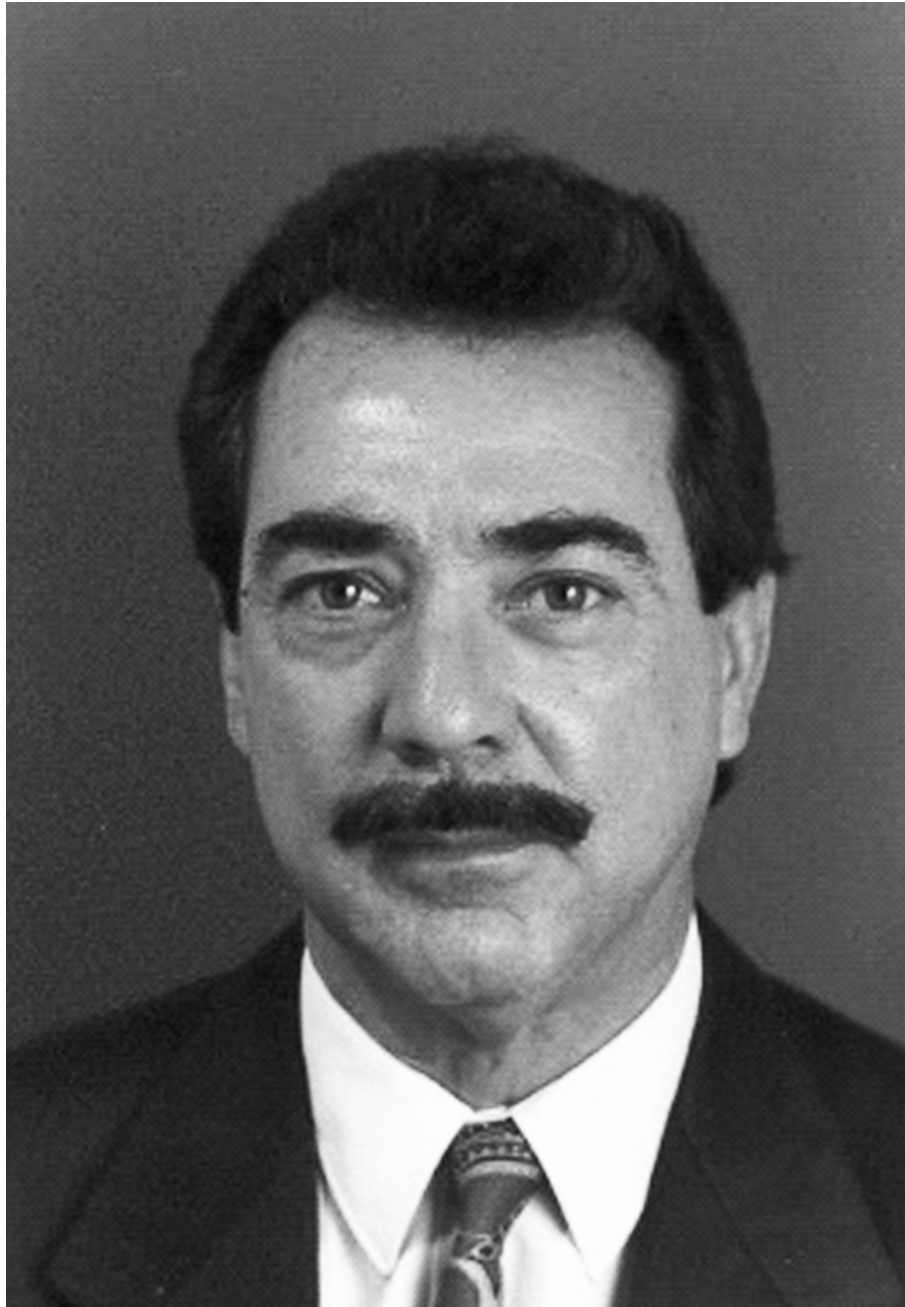




Índice

<i>Laudatio</i> de Juan Díez Nicolás, por José Almaraz Pestana	9
Discurso del Profesor Juan Díez Nicolás	27









LAVDATIO

José Almaraz Pestana
Catedrático de Teoría Sociológica. UNED





Juan Díez Nicolás



Excelentísimo Señor Rector,
Excelentísimo Señor Ministro,
Exmo. Sr. Jefe de la Casa de S. M. el Rey,
Prof. Díez Nicolás,
Sr. Presidente del Consejo Social,
Compañeros y colegas,
Señoras y señores.

Agradezco al Departamento de Sociología I que me haya encomendado realizar la laudatio del Prof. Juan Díez Nicolás. Laudatio es una palabra bella. Esta vieja forma de aquel lenguaje antiguo evoca actitudes inveteradas y perdurables, como la fascinación ante lo verdadero, ante el saber extraordinario. Laudatio evoca el asombro ante lo que ha resultado ser valioso y admirable y expresa la voluntad de hacerlo explícito.

Ésta es una Laudatio académica: Tiene que ver con el conocimiento y, a la vez, con el re-conocimiento. Quiere poner de manifiesto –y dar honor– a la excelencia de una larga trayectoria de ejercicio del pensamiento, de investigación científica y de práctica de magisterio universitario. Pero el honor que se otorga a una obra implica inevitablemente a la persona. En nuestra literatura clásica Lope de Vega escribe que “la honra es patrimonio del alma”. A fuer de incomodar la reconocida discreción personal del doctorando me corresponde develar su trayectoria académica, su labor política y su trabajo como investigador social. En efecto, su formación y su docencia se han desarrollado en un buen número de universidades. Su desempeño político contribuyó en puestos relevantes al logro de aquella etapa delicada de la transición a la democracia española y su tarea como investigador está dedicada a los temas claves de las sociedades de nuestro tiempo.

Juan Díez Nicolás

Más de 250 artículos científicos y 30 libros avalan una andadura académica que comenzó con la licenciatura en CC. Políticas y el doctorado en 1967. El Prof. Díez Nicolás consolidó sus estudios con un Master of Artium en Sociología en la Universidad de Michigan, Ann Arbor. Ganó la Cátedra de Sociología de la Universidad de Málaga en 1971 en una oposición, casi mítica en nuestro ámbito de conocimiento ya que, por un lado, se desarrolló en medio de claras suspicacias y explícitas presiones procedentes de las autoridades políticas del momento y por otro –y esto es lo importante– porque aquella oposición significó la consolidación de la élite académica –la tercera élite– que permitió el renacer de la Sociología en España, su institucionalización en la vida académica, su implantación en la práctica como medio público y su impacto en el sector privado de indagación de los procesos sociales de la definitiva modernización de la nación.

Tres generaciones del pensamiento sociológico

Me permito una mirada al pasado. Cada tradición de pensamiento tiene sus nobles ancestros. A diferencia de otros países la España de la Edad Moderna no conoció una conmoción que hiciera urgente en cierto modo la necesidad de redefinir su propia identidad. Como se hiciera en Inglaterra, Alemania y Francia. Pero en nuestro siglo XIX, cuando apuntan los problemas propios de aquel tiempo de transformación, se inicia el debate teórico entre tradición y modernidad en torno a la definición de los derechos de ciudadanía civil, de la puesta en marcha de los factores de la economía moderna, de la introducción de los componentes esenciales del sistema parlamentario, de la aceptación de las pautas culturales universalistas y de la tolerancia en el pluralismo religioso. Es sabido que nuestros predecesores más genuinos, tras Jaime Balmes y Ramón de la Sagra, se encuentran el aquel movimiento renovador que fue el krausismo. Francisco Giner de los Ríos vio certeramente el papel de las élites intelectuales en la vida social. El krausismo incorporó a su filosofía moral renovadora la dimensión científica del positivismo. La Institución Libre de Enseñanza inicia el movimiento que en treinta años habría de traducir al castellano la producción extranjera más importante en el campo de la Sociología, disciplina que entonces se presentaba con el aura de un saber novedoso, moderno y reorganizador. Otro krausista Gumersindo de Azcárate da el título de “Concepto de la Sociología” a su discurso de ingreso a la Academia de CC. Morales y Políticas en 1899. Un año antes, Manuel Sales i Ferré había ocupado la primera cátedra de Sociología. Pero es otro krausista, Adolfo Posada, conecedor no solo de la producción europea, sino también de la norteamerica-

na, quien desde la presidencia del Instituto de Reformas Sociales entre 1903 y 1924 conectó la Ciencia Social con la más verdadera realidad de los problemas y conflictos sociales de su tiempo. Sin olvidar la singular figura de Joaquín Costa, sumemos una figura procedente del ámbito católico-social, la de Severino Aznar, el segundo catedrático de Sociología, y primer director del Instituto Balmes de Sociología y de la Revista Internacional de Sociología hasta su muerte en 1959, y quedará completa sumariamente la primera generación de científicos sociales. Nuestra primera élite estableció los vínculos necesarios con autores e instituciones científicas de fuera de las fronteras de nuestro país hasta el ocaso de la Segunda República.

En el nuevo orden político que sigue a la Contienda Civil la Sociología no fue, naturalmente, una de las materias más favorecidas. Perduró en cambio un serio planteamiento de lo social, representado en el lúcido pensamiento de Ortega y Gasset y en otros originales enfoques de carácter social desde otras disciplinas como el Derecho (Bernaldo de Quirós), la Historia Social (Díez del Moral, Ramos Oliveira) la Economía Agraria (Pascual Carrión), etc. Frente a un panorama que yo calificaría como “sociología sub-institucionalizada” hubo científicos sociales españoles, pero en el exilio. Herederos del pensamiento orteguiano, Recasens Siches, Medina Echevarría y Francisco Ayala sembraron generosamente en otros pagos una valiosa semilla que habría fructificado de modo natural en el yermo español que, como tantos otros intelectuales, habían dejado atrás.

La historia tiene sus paradojas. El Instituto de Estudios Políticos, que fue fundado en 1939 como órgano de la Junta Política de Falange Española Tradicionalista y de las JONS habría de ser el vehículo que llevaría a la institucionalización de la Sociología en los últimos años 40. Javier Conde organiza seminarios sobre sociología y ciencia política y publica en la Revista de Estudios Políticos una serie de artículos introductorios a la sociología y lo mismo hará Gómez Arboleya que representa la figura sociológica más influyente de aquellos años en el IEP. Junto a estos dos hombres hay que mencionar igualmente la labor sociológica de Manuel Fraga y de Luís Legaz Lacambra. En el IEP dirigieron cursos monográficos un grupo de figuras de indudable prestigio que abarca nombres como Díez del Corral, Ollero, Caro Baroja, Maravall, Terán, Tierno Galván, Aranguren, Sánchez Agesta, Murillo, Lisarrague y otros. Denominados por Jesús de Miguel como “los mecenas”, propiciaron la pervivencia de la sociología y formaron una espléndida cohorte de discípulos que desembocaría en la fundación de la Facultad de CC. Políticas. El IEP clausuró así una mane-

ra de hacer Ciencia Social y proporcionó la llegada de una nueva élite. Durante los años 50 facilitó la salida de dos becarios a estudiar sociología en universidades norteamericanas: Juan Linz a la Columbia University y Salustiano del Campo a la Universidad de Chicago. A estos seguirían por otras vías otros tantos: José Castillo (Catholic University of America) Jiménez Blanco (Universidad de Michigan), Salvador Giner (Universidad de Chicago), Amando de Miguel (Columbia), Carlos Moya (U. de Colonia), Juan Díez Nicolás (Universidad de Michigan) y otros. Todos ellos importaron de primera mano los planteamientos teóricos y las metodologías científicas desde las que se abordaron los procesos de modernización y democratización de España. De esta suerte, al grupo de los “mecenas” sucedería lo que podríamos denominar el “grupo académico-profesional” en el que Juan Díez Nicolás es una figura de relieve.

Díez Nicolás fue Vicerrector en la Universidad de Málaga de la que había sido Vicedecano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. En 1975 obtiene la Cátedra de Ecología Humana y Población en la Fac. de CC. Políticas y Sociología de la Univ. Complutense en la que funda el Departamento de Ecología Humana y Población. Funda el Instituto Nacional de CC. de la Educación del que fué Director General hasta 1976, y en 1974 es nombrado Rector de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, cargo que ostentará hasta 1977.

Me permito decir, a manera de inciso, que de todos los méritos enumerados hasta aquí, éste no es el menor de ellos. En primer lugar, por la relevancia de su período rectoral para la pervivencia de esta universidad. Tras el valiente periodo inicial del Rector García Garrido, el Prof. Díez Nicolás accede a la UNED en un momento en que existían aún serias dudas sobre una digna viabilidad de ésta. Hay que afirmar que su actuación fue decisiva. Sin descender a lo anecdótico, algunos sabemos que el nuevo rector descartó rotundamente frente a las autoridades llevar la apenas nacida universidad al sepelio. Estoy seguro de no equivocarme si agradezco aquí en nombre de todos los miembros de la UNED su decisiva actuación. En segundo lugar, desde el plano objetivo pienso que como otros hombres de su generación supo distinguir, como diría el poeta, “las voces de los ecos”. En medio de los ecos del pasado supo escuchar las voces del futuro y creyó en la capacidad innovadora de la UNED y no se equivocó en el diagnóstico. La UNED no sólo proporcionó un cielo protector a los famosos “alumnos libres” de las universidades tradicionales, sino que ha sabido desarrollar un nuevo modelo educativo en la enseñanza superior que, al lado de la enseñanza presencial, ofrece un nuevo espacio

que no es físico. Es un espacio comunicativo en el que –permítanme decirlo en mi condición de sociólogo– se modifican los roles del docente y del estudiante, buscando, por un lado, en términos de Habermas, la “competencia comunicativa” del sistema y por otro la “autonomía en el aprendizaje” en el sujeto que estudia. Sería frívolo negar realidad y validez a este espacio interactivo, que pertenece al mismo nivel de esos otros espacios comunicativos, perfectamente estructurados y pautados, en los que tienen lugar otras interacciones importantes de la economía, de la política y de la cultura de la actual aldea global que anticipó McLuhan. Actualmente el e-learning forma parte de las políticas de la Unión Europea, contribuyendo así a la más decisiva revolución del siglo XX: la revolución educativa. La UNED, que actualmente dispone de una singular tecnología comunicativa se precia de haber hecho creíble en nuestro país este tipo de enseñanza y de haber abierto así un nuevo nicho de mercado en el que es creciente la presencia de la iniciativa privada. Los casi 250.000 alumnos ordinarios actuales de la UNED gozan de este espacio superior gracias a aquella feliz apuesta de futuro del Prof. Díez Nicolás que dejó vía abierta al trabajo de desarrollo institucional de los sucesivos rectores.

En cierto modo fue ésta una decisión académica y política. No es de extrañar ya que en la figura del nuestro doctorando de honor van íntimamente imbricadas la labor académica, el quehacer político y la trayectoria investigadora.

Contra la Sociología “bajo palabra de honor”

En 1963, tras dos años de estudio en la Universidad de Michigan fue llamado por el entonces Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, para hacerse cargo del Departamento Técnico del recién creado Instituto de la Opinión Pública. Es sabido que D. Manuel Fraga mantenía buenas relaciones con sociólogos internacionales, entre ellos, con Wright Mills. Díez Nicolás asume la Dirección del Departamento Técnico que iba a protagonizar el renacimiento definitivo de la Sociología en España. Anticipemos que su labor de tecnificación de la investigación sociológica culminará casi tres lustros más tarde en la creación del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Hemos mencionado a Wright Mills, una de los más perspicaces figuras de la sociología norteamericana. Pues bien, en su conocido libro “La Imaginación Sociológica” afirma que la primera lección de la imaginación sociológica es que el individuo sólo puede entender su experiencia localizándose en su época. Esto me invita a entrecruzar el relato biográfico del Prof. Díez Nicolás con el desarrollo objetivo

de las Ciencias Sociales en nuestro suelo y su importante papel en ese proceso. Lo mismo vale decir también de la autobiografía de la Ciencia Social en nuestro país, cuya institucionalización sólo es entendible si se toman en cuenta los iniciales movimientos que apuntaban hacia la decisiva voluntad de modernización social y política que se hizo explícita en los años 70. Nuestro panorama sociológico actual se debe a los esfuerzos de aquellos pioneros investigadores que entendieron su papel en aquel momento histórico. Juan Díez Nicolás como Director Técnico del IOP, junto con Salustiano del Campo como Consejero Delegado y Luis González Seara como Director, constituyó el grupo que fundó y puso en marcha éste dispositivo de modernización política y científica. En el panorama investigador de entonces, sólo dos empresas practicaban una investigación simple de recuento de inventario con vistas a los intereses del mercado y en el horizonte político lo usual era no formular pregunta alguna. Desde el IOP surgieron las primeras preguntas y los primeros estímulos a una nueva cultura de la prospección sociológica. En otra parte Díez Nicolás ha afirmado que la presencia del IOP creó el ambiente propicio para la autorización de centros privados de investigación e incluso ayudó a ello. Y así lo confirma en su excelente estudio sobre el IOP y el CIS el Prof. Cristóbal Torres cuando escribe que la creación del IOP no sólo cumplió un papel pionero sino que desempeñó el papel de referente estratégico en la dinamización y expansión del sector. No es éste el lugar de entrar a describir el panorama de germinación de Eco, Sofemasa, Metra Seis, Data, etc. que se vio acompañado por la presencia paralela de nuevas instituciones como la Fundación FOESSA, CEISA, etc.

Es sabido que el tema de la “opinión pública” designa un referente colectivo y tiene una importante dimensión cultural auto-identitaria y, aún más, tiene una mayor dimensión política como depositaria de las aspiraciones de los ciudadanos en las sociedades democráticas. Que en plena dictadura surgiera un mecanismo institucional interesado por las actitudes de los ciudadanos fue crucial. Para el funcionamiento del mismo, sin pararse en distinguir ideologías y afiliaciones, dentro de un ambiente político que no era propicio a admitir las diferencias, el Prof. Díez Nicolás reclutó con gran liberalidad un equipo de investigadores de las más variadas tendencias políticas. Me complace destacar este rasgo universalista de su actuación que se ha repetido siempre en sus sucesivos puestos de responsabilidad. Desde el equipo técnico que formó nació la nueva investigación sociológica. Pero no sólo en el campo de la investigación ha sido decisiva la aportación del IOP. Como en su día lo fuera el Instituto de Estudios Políticos, el IOP sirvió también de semillero académico. Un nutrido

grupo de investigadores iniciales (Torregrosa, Lisón, Navarro, Navarro Alcalá-Zamora, López Pina, etc.) accedería más tarde a través de sus oposiciones respectivas a sendas cátedras de Universidad.

Una de las funciones de una institución científica es la de crear comunidad de conocimiento. Que el IOP tenía una clara vocación científica se ve, por un lado, por la publicación de la Revista Española de Opinión Pública (REOP), en la que aparte de artículos científicos, con acreditadas firmas extranjeras desde el principio, se publicaron las encuestas y, por otro, por la creación del primer banco de datos sociológico de este país. La revista fue durante muchos años uno de los pocos canales estables de comunicación para la comunidad sociológica. Y en cuanto al banco de datos son raros los académicos de aquella época que en uno u otro momento no los utilizaran como material comparado en sus propios estudios. El Prof. Díez Nicolás cuenta en otra parte que la condición que planteó a Fraga fue que se publicasen los resultados tal como el Instituto se los entregase y Fraga lo hizo así. Traigo este punto a colación para subrayar que una marcadísima actitud de nuestro homenajeado ha sido siempre la de poner a disposición de las personas e investigadores interesados los datos de investigación. Sólo desde esta voluntad de libre acceso a los datos se construye comunidad científica y se rompe con lo que él ha denominado "Sociología bajo palabra de honor" en la cual los datos se consideraban un patrimonio personal y secreto del investigador. Díez Nicolás pasaría a ser Secretario General del IOP en 1966, cargo que dejó en 1969 para asumir funciones como asesor de urbanismo en el Ministerio de la Vivienda.

Durante su período de estancia en el IOP publica no menos de una veintena de trabajos científicos sobre opinión pública, población, territorio y urbanismo. Testigo de la estancia de Juan Díez Nicolás en el IOP es su libro "Los Españoles y la Opinión Pública" que recopila trabajos cuya tema central es la preocupación por la relación entre la estructura social y las actitudes de los individuos, es decir, los problemas de la información y de la formación de opiniones y actitudes en los individuos y su relación con su posición social. La divergencia entre política y ciudadanía en aquel tiempo se refleja en una cita del prólogo. "La proporción de ciudadanos politizados (en posiciones de poder o como buscadores de poder) está creciendo día a día a costa de los no politizados... para que la participación política sea mayor es preciso que aumente el grado de interés, de preocupación, de información y de actividad por cuestiones políticas... Son necesarias las agrupaciones políticas... hacen falta grupos políticos intermedios, fuertes y abiertos (voluntarios) que nos permitan construir

Juan Díez Nicolás

una sociedad pluralista... lograr una cultura cívica participante caracterizada por la lealtad y no por la alienación ni por la apatía”.

En 1973 es nombrado Director General de Planificación Social y posteriormente Rector de la UNED y Director General del INCIE. Tres años después el Presidente Suárez le llama para ocupar el cargo de Director General del Instituto de la Opinión Pública. Retorna a la casa en cuya puesta en marcha había tenido un papel decisivo y le corresponde reorganizar el Centro que esta vez fue adscrito al Ministerio de la Presidencia. La solidez del equipo que había reclutado 13 años atrás se le hizo patente porque, según ha confesado, se encontró con muy pocas caras nuevas. Desde Presidencia le cupo llevar a cabo numerosos sondeos sobre las medidas políticas que debían adoptarse, tales como la Ley de la Reforma Política, las medidas de amnistía, la legalización del Partido Comunista, etc. y realizar la primera gran encuesta de tres oleadas temporales para las primeras elecciones democráticas.

Los tiempos estaban cambiando y había que estar a la altura de sus desafíos. Tras las elecciones democráticas propone al Ministro transformar el IOP en un gran centro de investigación. Éste será el Centro de Investigaciones Sociológicas, el famoso CIS, con una doble finalidad: la de prestar servicios al Gobierno y la de fomentar la investigación. Con Díez Nicolás el CIS adquiere un formato de pronunciada orientación académica, de una mayor relación con el ámbito universitario y una clara tendencia hacia la investigación básica. Y por esta razón, el CIS se articula en tres departamentos: Investigación, Banco de datos, y Publicaciones y Fomento de la Investigación. Aparece la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, se crean becas, se inicia una línea editorial y se abren al público los datos que se introducen en el banco tras una moratoria temporal. La calidad de las encuestas ha convertido al CIS en el núcleo de formación de la opinión pública y de la opinión publicada. Pero a Díez Nicolás se debe también la iniciación de la variada producción de investigación básica (sanidad, burocracia, judicatura, desempleo, trabajo femenino, economía sumergida, ocio, cultura política, etc.) y de progresiva publicidad de los datos, líneas que alcanzarán su culminación en la Ley de 1995. Con esta misma intención, siendo, años más tarde, Presidente de la Federación Española de Sociología, propondría al CIS la creación del banco de datos ARCES, un banco que debería ser depositario de los datos de las investigaciones realizadas fuera del CIS. Desde entonces este gran banco abarca no sólo las encuestas elaboradas por el CIS, sino también las de otras organizaciones tanto españolas como extranjeras. Alguien ha dicho, no sin razón, que la historia del siglo XX la escribirán los sociólogos.

Cerremos el capítulo diciendo que el empeño personal de poner a disposición de los ciudadanos los datos de investigación frente a la “sociología bajo palabra de honor” se perpetuará incluso en toda la actividad profesional de Juan Díez Nicolás. Pocos años después de abandonar el CIS, crea su empresa de investigación, Análisis Sociológicos, Económicos y Políticos (ASEP) que, entre otras actividades, realiza desde sus comienzos una investigación de periodicidad mensual sobre “La Opinión Pública de los Españoles”, con muestras de 1.200 personas representativas de la población española mayor de 18 años, sobre actitudes y comportamientos económicos, de consumo y políticos, además de opiniones sobre temas puntuales de actualidad. ASEP envió al banco de datos ARCES, instalado en el CIS, los ficheros de datos de las 52 investigaciones realizadas bajo el proyecto CIRES. Frente a la “sociología bajo palabra de honor” es destacable el CIRES (Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social,) fundado por Díez Nicolás en 1990 bajo los auspicios de varias entidades bancarias. Durante 6 años publicó un libro respectivo “La Realidad Social en España”. Las encuestas e informes producidos por CIRES fueron ofrecidos a todos los centros de investigación, no sólo en forma de publicaciones sino –cosa novedosa y muy importante– en forma de datos preparados para su eventual tratamiento informático. Una prestigiosa colega –la Prof. M^a Angeles Durán– ha escrito: En toda la historia de la sociología española no ha habido un caso de apertura a la comunidad científica y de accesibilidad técnica a sus fondos como el protagonizado por CIRES.

Transitando por la política

Hasta este punto sólo he intentado mostrar, desarrollando mi inicial cita de Wrigth Mills, cómo la microhistoria de la investigación social en nuestro país y la biografía de nuestro homenajeado van unidas por un nexo de mutua determinación. Otro tanto diría si paso a referirme a su actividad en la política, que introduce una tercera dimensión en su personalidad pública. Quiero referirme sólo brevemente a esta faceta que no resta significado a las otras, sino que es una proyección de las mismas.

En 1979 abandona la Presidencia del CIS. Entre su salida del IOP (1969) y ese momento había publicado 33 artículos más y 4 libros. Es nombrado Subsecretario de Ordenación del Territorio y de Medio Ambiente, y Presidente del CIMA, del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo. En su condición de Subsecretario le correspondió formar parte del Gobierno Provisional en la aciaga noche del 23 de Febrero de 1981. Poco después fue

nombrado Secretario Nacional de Información de la UCD y miembro de su Consejo Político. En los años sucesivos ocuparía otros puestos políticos, tales como Coordinador de Asesores del Vicepresidente-Primero para Asuntos Políticos del Gobierno de España (1980), Presidente de la Comisión de Estadísticas de la Administración Pública en el INE (1982-1991) Presidente del Seminario “Sociedad y Fuerzas Armadas” del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN (1983-1992), Vicepresidente del Consejo Económico-Social de la Comunidad de Madrid (1992-1999), Presidente del Foro para la Integración Social de los Inmigrantes, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (1999-2001), Miembro del Comité de Expertos para el estudio de la “Dependencia en España” (2003-2004), Miembro del Comité Científico del Real Instituto Elcano (2002-). A éstos habría que añadir otros de proyección internacional, tales como Miembro del Buro (1982-85) y luego Presidente del Comité Europeo de Población en el Consejo de Europa (1985-1987), Miembro del “Comité des Sages” para el Diálogo entre los Pueblos y Culturas del Mediterráneo. Comisión Europea (2002-2004) (nombrado a título personal por Romano Prodi). Miembro del Grupo de Expertos sobre Diversidad Cultural y Desarrollo (MDG-F) en Naciones Unidas (2007). Como investigador ha sido el responsable para España de la Encuesta Mundial de Valores desde 1990, forma parte desde entonces de su Comité Ejecutivo, y también es miembro del International Social Survey Program, del Estudio Comparado de Sistemas Electorales, y de otros.

La experiencia democrática en nuestro país ha ido perfilando en la mentalidad de los ciudadanos la figura del hombre político profesional con diversas etiquetas. Las hallaríamos todas en el noble retrato que Max Weber hiciera del hombre público: pasión de poder, medida de criterio, fe en la causa, etc. Se me antoja más bien colocar a nuestro laureado de hoy, no en este plano, sino en aquel otro en el que Gramsci en sus “Cuadernos”, Chomski en “Los intelectuales y la política”, Foucault en “Microfísica del poder”, Ortega en “Verdad y Perspectiva” o Eco en “¿Deben los intelectuales meterse en política?” trazan la función ilustradora de los expertos, el campo de su acción en el dilema entre verdad y poder. Creo que es así, pues el desempeño político y la trayectoria política del Prof. Juan Díez Nicolás no se consuman en lo puramente político sino que, más tarde, se prolongan y fluyen hacia aquellos nichos públicos en los que su presencia se debe fundamentalmente a su competencia profesional. En efecto, hay un paralelismo progresivo entre las posiciones públicas que ocupa, las obras que publica y las líneas de investigación que cultiva. De ellas quiero ocuparme ahora

Analizando la sociedad

Sorprendentemente, el término “sociedad” no suele figurar en los diccionarios de Sociología. En nuestro más moderno diccionario español no figura. Me refiero a la entrada “sociedad”, desnuda, sin adjetivos, donde se exponga qué sea realmente una sociedad, a no ser que se la delimite desde fuera, confinándola con fines pragmáticos dentro de los límites políticos y geográficos del Estado. En cambio, es normal encontrar este término asociado a otros o desarrollado en alguno de sus aspectos: como sociedad industrial, sociedad de masas, sociedad de la información, sociedad de consumo, etc. de tal manera que será posible obtener una idea del impacto social del consumo, por ejemplo, pero no acerca de qué sea una sociedad. Esto no es casual. Sabemos que Max Weber evitaba usar este término y, entre los contemporáneos Niklas Luhmann sostenía que es “el concepto más difícil que la sociología ha heredado del pasado”. Incluso podríamos tachar de imprecisa una definición de Sociología como “la ciencia de la sociedad”. Más bien nos gusta dar el nombre de Sociología al estudio de las relaciones entre los hombres, las cuales se condensan en interacciones grupales, se consolidan en instituciones sociales hasta agregarse en un conjunto de relativa autosuficiencia, de límites difusos, que denominamos sociedad. Sin olvidar este conjunto, la investigación reconstruye los procesos que la hacen posible. Niklas Luhmann escribió que la Sociología es “el proceso de autorreferencia de la sociedad” y los científicos sociales exploran las parcelas empíricas de esta autorreferencia.

El Prof. Juan Díez Nicolás ha cultivado ámbitos importantes del entramado social. Quiero agruparlos, –dejando aparte los ya citados sobre opinión pública y sus relevantes escritos sobre política de defensa–, en algunos ejes principales que anticipan rasgos tan actuales en nuestra sociedad como son la ecología, el análisis del territorio, la población, el medio ambiente, los valores interculturales y la emigración.

Cuando en 1979 asume la Subsecretaría de Ordenación del Territorio y Medio Ambiente, el Prof. Juan Díez Nicolás estaba equipado ya de conocimientos considerables sobre ese campo. Quiero destacar su libro “Especialización y dominación en la España Urbana” aparecido en 1972. Significa la aplicación a España del bagaje de conocimientos y técnicas aprendidas en la Universidad de Michigan, Ann Arbor, de la mano del Amos Hawley que había revolucionado los estudios de ecología y análisis territorial. Hawley ofrecía un paradigma de alta generalidad que rompía el estrecho marco del análisis urbano y ofrecía la posibilidad de explicar también la estructura de los

demás sistemas sociales, considerando las interrelaciones entre medio ambiente, población, tecnología y organización social, ejerciendo el análisis en términos de grupos, y no de individuos, y destacando siempre el concepto de comunidad. De esta suerte se hacía posible analizar las unidades, la estructura del todo y los procesos internos de transformación, aspectos que no parecían ofrecer otros paradigmas de aquellos años.

Ésta era entonces una metodología innovadora y sorprendente en nuestro suelo. Los estudios sobre el territorio permiten observar la base material y espacial sobre la que se configuran las relaciones sociales de un sistema dado. El Prof. Díez Nicolás abordó cuestiones clave en el análisis de la estructura de ciudades de España, tales como la diferenciación de funciones, la localización de las mismas, la especialización de las ciudades, la interrelación entre las mismas, sus áreas de influencia y sobre todo la jerarquía de las ciudades según el criterio de dominación funcional. Sumando a este análisis el estudio de la distribución de la población, el resultado fue un valioso cuadro analítico del grado de urbanización de nuestro país. Un gradiente de dominación, de influencia, de las capitales españolas, de las ciudades medias y de los municipios de cierto tamaño en una malla de actividades comerciales, de transporte, de comunicaciones y de servicios. Todo ello representa un riquísimo y recomendable mapa sociológico de la urbanización española. No cabe dudar de que al término de esta investigación el Prof. Díez Nicolás había cumplido con creces uno de los requisitos de todo hombre público: aprenderse el país.

No es casual que a esta línea de investigación se haya sumado una larga serie de trabajos sobre los procesos de población (natalidad, fertilidad, mortalidad, transición demográfica, familia, estudios de edad, empleo, etc.) en áreas urbanas y rurales que han convertido a nuestro doctorando de honor en una figura de referencia internacional. Las sociedades modernas son sociedades abiertas en que los individuos tienen cada vez menores trabas adscriptivas para ocupar las posiciones sociales que desean. Díez Nicolás realizó la primera encuesta de movilidad en España. Por lo demás, su trabajo se ha materializado en cinco libros más "Tamaño, Densidad y Crecimiento de la Población de España, 1900-1960", "Políticas de Población" (1985), "Movimientos de Población en Áreas Urbanas Españolas" (1985), "Los mayores en la Comunidad de Madrid" (1996), "Libro Blanco sobre la enfermedad de Alzheimer y otros trastornos afines" (2001) más las 6 monografías citadas sobre "La Realidad Social de España (1990- 1996), y no menos de 70 artícu-

los en publicaciones especializadas. Si añadimos sus numerosos trabajos sobre política de medio ambiente habremos cerrado el cuadro de una excelente aplicación del análisis socio-ecológico.

Me importa destacar, esta vez con injusta brevedad, otra importante línea de investigación del Prof. Díez Nicolás en el campo de los valores en la que ha aplicado y desarrollado la teoría de Ronald Inglehart sobre el cambio de valores en las sociedades. Los valores son los criterios que reflejan las preocupaciones de los individuos. Es sabido que con arreglo a la escala de actitudes de Inglehart en las sociedades menos desarrolladas predominarían valores y actitudes “materialistas”, de tendencia autoprotectora. En cambio, a medida que las sociedades traspasan el umbral desde la escasez hacia el bienestar tenderían a generar valores “postmaterialistas”, orientados a la participación y al altruismo, en un proceso calificado de “revolución silenciosa”. La escala que Inglehart confeccionara en 1970 sobre la base del Eurobarómetro de la CEE se ha ido convirtiendo hasta el presente en un gran proyecto, el World Values Survey (Encuesta Mundial de Valores) que incluye científicos de varios países y que ha realizado entre 1990 y 2009 cinco oleadas mundiales en más de 90 países. En 1998, el Prof. Díez Nicolás incluye la escala de Inglehart en los sondeos mensuales de ASEP y en 1991 se incorpora al Comité de Coordinación del grupo internacional de investigación liderando la aplicación general en España con los profesores Torregrosa y Díez Medrano, y congregando una vez más un competente grupo de investigadores (Orizo, Veira, Elzo, del Pino y Garcia Ferrando) que la aplica en regiones españolas concretas. Los resultados quedan patentes en varios libros de los componentes del equipo y en no menos de 25 artículos del Prof. Díez Nicolás. En su investigación a la que añade elementos del modelo de Hawley y de la teoría centro-periferia de Galtung, demuestra el avance de los valores post-materialistas en España en relación inversa con la edad (los jóvenes son menos materialistas) y en relación directa con la posición social (los más informados son menos materialistas). Como comentario personal me atrevo a decir que los resultados de la teoría coinciden con otras teorías independientes como la de la modernización reflexiva de Ulrich Beck, así como el mecanismo del isomorfismo en el proceso de mundialización, de J.W. Meyer. Que diversas perspectivas de investigación converjan en los mismos resultados indica que se está en el buen camino de investigación. Por otro lado, la teoría postmaterialista puede servir de réplica empírica frente a aquellas posiciones filosóficas que defienden la discontinuidad entre modernidad y postmodernidad.

Juan Díez Nicolás

Quiero concluir aludiendo a un ámbito que inevitablemente un experto en población no podía eludir –el análisis de la inmigración– consciente de que el fenómeno de la emigración ocupa uno de los lugares prioritarios en las agendas de los gobiernos. A partir de 1991 realizó desde ASEP durante 19 años una encuesta anual sobre una muestra representativa acerca de las actitudes de los españoles ante la inmigración. Procedentes de tales análisis vieron la luz tres libros “Actitudes hacia los inmigrantes” (1998), “Los Españoles y la Inmigración” (1999) y “La Inmigración en España: Una década de Investigaciones” (2001) (con Ramírez Lafita). Sin embargo, esta mirada del problema “desde fuera” se ha visto complementada por una visión de la realidad migratoria “desde dentro” y así una primera publicación con Ramírez Lafita “La voz de los inmigrantes” (2001) abrió un camino hacia una gran encuesta cuasi-nacional de la que es resultado el voluminoso libro “Las dos caras de la inmigración” (2004) y que aborda los temas de la integración, de la interculturalidad y del racismo. La serie se vió completada con el libro que publicó con L. Cachón y J. Díez Medrano “Segunda generación de inmigrantes: Aproximación al caso español” (2006). Una vez más cada una de las citadas publicaciones iba acompañada de un disco que ponía los datos a disposición de los investigadores para su eventual explotación. El Prof. Juan Díez Nicolás ha sido de 1999 al 2001 Presidente de Foro para la Integración Social de los Inmigrantes y ha recibido el Premio Hidalgo de la organización Presencia Gitana.

Quiero terminar, pero no sin señalar que una obra científica de tan excelente factura ha merecido el reconocimiento de grupos internacionales de investigación de los cuales es miembro. Tales son el *World Values Survey* (WVS, 1990-), el *International Social Survey Program* (ISSP, 1994-), el *Comparative Study of Electoral Systems* (CSES, 1994-), el *Network of Economic and Social Science Infrastructures in Europe* (NESSIE, 2002-), y el *Comparative Survey Design and Implementation* (CSDI, 2002-). Ha sido Presidente de la Federación Española de Sociología y Miembro del Comité Ejecutivo de nuestro máximo ente corporativo a nivel mundial, la Asociación Internacional de Sociología y más tarde Vicepresidente de Socios y Finanzas de la misma.

La distinción del doctorado “honoris causa” significa veladamente también, pero sobre todo, un doctorado “laboris causa”. Por el trabajo excelente. Dicho en clave minimalista, ha dedicado 55 años a la docencia, de ellos, 50 a la docencia universitaria, ha llevado a cabo cientos de investigaciones que se han plasmado en 32 libros y más de 250 artículos y capítulos de libro; ha fun-

Laudatio

dado o contribuido a fundar más de una docena de instituciones públicas o privadas que han proporcionado formación y/o empleo a decenas de jóvenes científicos sociales, y se ha comprometido políticamente en el período más importante de la reciente historia de España, la transición política a la democracia. Afirmé al comienzo que la obra señala a su autor y ahora me importa decir igualmente que esta excelencia apunta hacia un hombre también excelente: Juan Díez Nicolás. Su conocimiento encuentra aquí nuestro reconocimiento. Por su labor como maestro, por su trabajo como hombre público y por su entrega a la investigación. Reconociendo todo ello, querido Juan, esta Institución te honra y te acoge en su Claustro y discípulos, ciudadanos y colegas te damos las gracias.





Discurso del profesor
Juan Díez Nicolás
con motivo de su investidura como
Doctor Honoris Causa en
Ciencias Políticas y Sociología por la UNED





Juan Díez Nicolás



Excmo. y Mgfc. Sr. Rector de la UNED,
Excmo. Sr. Jefe de la Casa de su S. M. El Rey
Excmo. Sr. Presidente del Consejo Social de la UNED,
Autoridades Civiles y Académicas,
Claustro de Profesores, Nuevos Doctores,
Estudiantes, Señoras y Señores, Amigos,

Si la recepción de un Doctorado Honoris Causa es siempre un honor, en este caso ese honor es doble, puesto que durante algunos años compartí con muchos de los que me escuchan la noble tarea de trabajar en la consolidación de esta Universidad, que había puesto en marcha mi antecesor en el cargo, el Profesor Manuel Jesús García Garrido. Se cumplen ahora 40 años desde la fundación de la UNED en 1972, por lo que junto al Laudeamus habría que cantar también el Cumpleaños Feliz. Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer la inestimable ayuda que entonces me prestaron todos, catedráticos, profesores en general, personal administrativo y laboral, centros asociados y tutores, y por supuesto alumnos, en aquellos años de ilusión e incertidumbre en los que hubo que inventar casi todo, puesto que estábamos viviendo la transición de la dictadura a la democracia. De manera muy especial quiero agradecer ahora este Doctorado Honoris Causa a la iniciativa de los tres Departamentos de Sociología de la UNED, respaldada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, y a su concesión por parte de la Junta de Gobierno de la Universidad. Querido Rector Gimeno, querido Doctor Almaraz, sabéis muy bien que ningún otro doctorado me habría proporcionado la satisfacción que me proporciona éste, por lo que os doy las gracias muy sinceras que ruego extendáis a todos los ya citados. Mi paso por la UNED fue solo temporal, pues mi cátedra no estaba aquí. Puede que esa situación de “interino” me permitiera trabajar con una gran libertad e independencia y, como ha recordado el profesor Almaraz, hiciera más creíble mi recomendación a las autorida-

Juan Díez Nicolás

des de que esta Universidad no sólo no fuera “enterrada” sino que por el contrario fuera reforzada. Personalmente los cuatro años de rectorado fueron una de las etapas más apasionantes de mi vida académica, y agradezco a los que me han sucedido que hayan mantenido y mejorado extraordinariamente sus actividades y, sobre todo, su prestigio académico, de manera que hoy sea pieza insustituible de la enseñanza superior en España y en Europa.

El profesor Almaraz ha señalado que mi biografía es una combinación de actividad académica, política e investigadora, y es por ello que he elegido como título para mi breve discurso de investidura el de la relación entre ciencia y política, una relación que ha sido objeto de atención para algunos de los más eminentes científicos sociales. Personalmente creo haber ejercido como sociólogo, como politólogo, como demógrafo, como metodólogo, como urbanista, como consultor, etc., pero nunca he tenido problemas en cambiar un sombrero por otro, pues en realidad siempre he estado en la ciencia social.

Antes de pasar a la exposición de mi discurso, quiero dejar constancia de mi deuda con quienes han sido mis maestros, desde los profesores Magariños y Mindán en mi educación secundaria en el Instituto Ramiro de Maeztu, a Gómez Arboleya, Díez del Corral, Fraga y Ollero, entre muchos otros, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Complutense, a Hawley, Freedman, Newcomb, Landecker y Kish en la Universidad de Michigan, a Perpiña Grau y Ros Gimeno en el Instituto Balmes de Sociología, a Fermín de la Sierra en la Escuela de Organización Industrial, y a Galtung, Inglehart, Klingeman y tantos otros en mis investigaciones internacionales. Citar a todos los colegas de los que he aprendido y con los que he publicado llevaría más tiempo del que dispongo. Pero quiero dejar constancia de que cada uno de nosotros somos el producto de muchos otros que nos antecedieron y a los que debemos rendir un merecido tributo.

El Político y el Científico

Hace años, precisamente al tomar posesión de mi primera cátedra en la Universidad de Málaga en 1971, me ocupé de las diferencias y semejanzas entre científicos e intelectuales, y entre ambos y los políticos¹. Científicos e intelectuales se ocupan del descubrimiento y transmisión de conocimientos. La

¹ Juan Díez Nicolás, “El científico y el intelectual en la Sociedad Industrial”, *Revista de Estudios Sociales*, 3, sept.-dic. 1971, pp. 3-18



mayoría de los que se han ocupado de estas cuestiones incluyen a los científicos entre los intelectuales, como hace Lipset, que considera como intelectuales a todos aquellos que “crean, distribuyen y aplican cultura, entendida esta como el universo de los símbolos, incluido el arte, la ciencia y la religión”². Otros, como Wright Mills, diferencian entre intelectuales, artistas y científicos³, y en otro lugar entre bohemios y técnicos⁴. Y Max Weber distingue también entre intelectuales y técnicos. No es necesario repetir aquí todas las diferentes clasificaciones de intelectuales y científicos que abundan en los escritos de Mannheim, Parsons, Cartault, Mills, Znaniecki, Merton y tantos otros. En el citado trabajo yo concluía que “la gran variedad de papeles sociales de los intelectuales, junto con la gran especialización y tecnificación de algunos de ellos, es lo que ha llevado a ese progresivo distanciamiento entre científicos y otros intelectuales,... pero, la aparición de las ciencias sociales y la creciente importancia adquirida por los científicos en sentido estricto, especialmente los físicos y los bioquímicos ...han contribuido a que se sienta nuevamente la necesidad de considerar conjuntamente a científicos e intelectuales como un solo grupo... (pues) los científicos sociales, con su adopción de una metodología y unas técnicas muy similares a las de los demás campos científicos, han tendido un puente entre las tradicionales ciencias y las humanidades”⁵. Remito a este artículo a quienes estén interesados en las diferentes funciones sociales asignadas a los intelectuales y científicos, y a las tensiones y conflictos que se derivan del ejercicio de su papel social, pero aquí me interesa partir de la reflexión citada, en el sentido del importante papel mediador o de puente adquirido por las ciencias sociales entre las que Snow definió como “las dos culturas”.⁶

Max Weber es sin duda el científico social de referencia cuando se trata de comparar ciencia y política. En su conocida obra sobre *El Político y el Científico*⁷ una obra que mantiene una vigencia casi absoluta en la actualidad,

2 Seymour M. Lipset, “American intellectuals: their politics and status”, *Daedalus*, 1959, pp. 460-486.

3 C. W. Mills: “Arte, ciencia e intelecto”, en *De Hombres Sociales y Movimientos Políticos*, Siglo XXI, México, p. 92.

4 C. W. Mills: “La gran fisión: el bohemio y el cerebro”, en *ibid.*, pp. 131 y ss.

5 Juan Díez Nicolás, *op. cit.*, p. 9 y ss.

6 C. P. Snow: *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge University Press, New York, 1959.

7 Max Weber: *El Político y el Científico*, Alianza Editorial, Madrid, 1967.

especialmente en España, después de diferenciar entre los tres tipos de legitimidad del liderazgo político (el tradicional, el carismático y el legal), se ocupa secuencialmente de la política como vocación y de la ciencia como vocación. En la primera parte diferencia entre políticos profesionales y políticos ocasionales, entre vivir para la política y vivir de la política, entre funcionarios profesionales o funcionarios políticos y funcionarios de partido. Sus críticas a los partidos políticos de entonces, tanto en Alemania como en Inglaterra o España, parecen escritas para la hora actual, cuando afirma que los partidos son vistos como medio para obtener un cargo, o como pesebres para repartir prebendas, y cuando afirma que “los miembros del Parlamento son, por lo general, unos borregos votantes perfectamente disciplinados”⁸. Sus comentarios sobre publicistas y periodistas no son menos críticos. Para Weber, las cualidades del político deberían ser la pasión, el sentido de la responsabilidad y la mesura, y su ética puede ser de convicción o de responsabilidad. Lo importante, sin embargo, es que la función del político, según Weber, es la de establecer políticas de acción encaminadas a resolver los problemas de los ciudadanos.

En cuanto al papel del científico, Weber señala que sus cualidades deben ser la idea o inspiración, la pasión y el trabajo. Debe subrayarse que la pasión según Weber, es una cualidad que deben compartir el político y el científico, pero mientras que es la primera para el político, es secundaria, detrás de la inspiración, en el caso del científico. La idea, la inspiración, es prioritaria para el quehacer científico, por mucho que el trabajo científico se haya institucionalizado y burocratizado. Es lo que Mills denominó la “imaginación sociológica”⁹ en el caso de las ciencias sociales. Y lo que habitualmente denominamos la “pregunta de investigación” cuando un candidato a doctor nos solicita asesoramiento para su tesis. Pero, mientras que el trabajo del político es por definición subjetivo, el del científico tiene que ser objetivo, de manera que “dondequiera que un hombre de ciencia permite la introducción de sus propios juicios de valor, renuncia a tener una comprensión plena del tema que trata”¹⁰. La insistencia de Weber en la objetividad no se limita a la labor misma de investigación, sino que la extiende a la docencia, puesto que incluye esta actividad al hablar de la ciencia como vocación. En su opinión, que comparto y he procurado cumplir a lo largo de mi vida, ni los estudiantes ni los profesores deben hacer política en las aulas, y sobre todo los profesores deben cuidar de no influir en

8 Ibid., p. 21.

9 C. W. Mills, *La Imaginación Sociológica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

10 Max Weber, op.cit. P.52.



“Ciencia y Política: el centro como experiencia vital”

los estudiantes en materia de opciones ideológicas o políticas. “Únicamente en calidad de maestros nos ha sido concedida la cátedra”¹¹, afirma Weber de manera rotunda. La labor del profesor debe ser la de presentar las diferentes ideas con la máxima objetividad para que el estudiante se forme su propia opinión. Recuerdo, a este respecto, una anécdota personal en mi primer año de docencia en la Universidad de Málaga. Utilizando el método dialéctico para presentar las diversas opciones en cuestiones debatidas entre los sociólogos durante décadas, recuerdo que en relación con la cuestión de si el comportamiento humano es racional o irracional, un día expuse el punto de vista de Bentham (tesis) que consideraba el comportamiento humano como racional, basado en su algoritmo del “felicific calculus”, al día siguiente expuse el punto de vista de Pareto (antítesis), para quién el comportamiento humano era básicamente irracional, emocional, basado en sus “residuos y derivaciones”, y al tercer día expuse el punto de vista de Max Weber (síntesis), para quien el comportamiento humano era unas veces racional y otras irracional. Pues bien, cuando terminé mi exposición el tercer día un alumno pidió la palabra y muy enfadado me recriminó porque un día le había convencido de que el comportamiento humano era racional, al día siguiente le había convencido de que era irracional, y luego le había convencido de que unas veces era racional y otras irracional, y “me exigía” que le dijera cual de las tres versiones era la verdadera. Es evidente que esa “exigencia” ha sido el mejor elogio que nunca haya recibido como docente. Naturalmente le contesté, amablemente, que esa decisión le correspondía a él, y no a mí, que cada uno debíamos reflexionar y decidir. Pero es cierto, como indica el propio Weber, que “hay estudiantes que esperan que el catedrático sea un caudillo en lugar de un maestro... (y que) los profesores inclinados a comportarse como caudillos son a menudo los menos capacitados...”.¹²

Habiendo pasado por la política y, modestamente, por la ciencia como docente y como investigador, creo que estas dos actividades se diferencian en muchas dimensiones, pero una no menos importante es que en política hay que tomar las decisiones en el momento oportuno, ni antes ni después, y por tanto hay que tomar las decisiones con la información de la que el político disponga en ese momento. El político no puede demorar la decisión porque desee más información. Tiene que tomar la decisión con la información de que disponga, aunque sea insuficiente. El científico, por el contrario, casi siempre

¹¹ Ibid., p.54.

¹² Ibid., p. 54.

pide más información antes de tomar una decisión, pues generalmente trabaja sin prisas, y sus decisiones tienen que estar basadas en la mejor información posible. Por eso los científicos siempre utilizan términos de cautela, como “parece que...”, “con la información disponible...”, “por el momento, y mientras no se disponga de más información...”. Personalmente he podido verificar lo diferente que es el ejercicio del papel de científico y el de político, y por ello he procurado separar cuidadosamente ambas actividades.

En esta misma línea, más de una vez he citado la opinión de Shils sobre la vocación de la sociología¹³. La vocación de la sociología, decía Edward Shils en ese breve opúsculo, no es ni la de pretender ser “consejera de príncipes” ni la de ser la crítica constante al poder, sino que su vocación es la de “iluminar a la opinión”. Creo que la doble opción a la que se refiere Shils, el ser “colaborador del poder”, asesor o consultor del poder, o ser el “crítico permanente del poder” tiene que ver más con el papel del sociólogo como intelectual, como humanista, incluso como político, mientras que la opción de ser un “iluminador de la opinión” tiene más que ver con el papel del sociólogo como científico. Bon y Burnier afirman que los intelectuales tecnocráticos “sirven al sistema social existente no en el sentido de que vayan a aceptar sus órdenes, sino porque contribuyen a la construcción y al porvenir del sistema ordenándolo e iluminándolo”¹⁴. Mannheim, por el contrario, opina que el intelectual “debe seguir siendo el crítico de sí mismo y de todos los otros grupos”¹⁵. Pero Aron, a su vez, se refiere a que la “inteligencia de izquierda comenzó por la reivindicación de la libertad y terminó por plegarse a la disciplina del partido y del Estado”¹⁶. Pero, ¿no podría afirmarse lo mismo de la inteligencia de la derecha”.

Modestamente creo que la iluminación de la opinión debería ser la vocación no solo de la sociología, sino la de todas las ciencias sociales. Precisamente porque las ciencias sociales son el puente entre “las dos culturas” es lógico que se mueva en esa tensión entre la colaboración o la crítica al poder y el servicio desde la objetividad y la neutralidad afectiva weberiana a la sociedad. Esa vocación, tal y como he pretendido ejercerla a lo largo de mi vida, no excluye el asesoramiento ni la crítica al poder, siempre que ambas se hagan

13 Edward Shils, “*The calling of sociology*”, en Talcott Parsons y otros, *Theories of Society* (2 vols.). The Free Press of Glencoe, Ill., New York, 1961.

14 F. Bon y M. A. Burnier, *Les Nouveaux Intellectuels*, Editions Cujas, Paris, 1966, p. 174.

15 Karl Mannheim, *Ensayos de sociología de la cultura*, Ed. Aguilar, Madrid, pp.238-240.

16 Raymond Aron, *L’Opium des Intellectuels*, Gallimard, Paris, 1968, p. 385.



desde la convicción y el objetivo último de “iluminar a la opinión”, es decir, de servir a la sociedad. El sociólogo debe saber qué “sombbrero” lleva en cada momento, si el de intelectual más o menos politizado o el de científico. Cada uno tiene que tomar su decisión personal en cada momento y circunstancia, pero lo importante es no confundir los papeles.

Una vida entre la ciencia y la política

Creo que toda mi vida se ha caracterizado por una dedicación a la ciencia y a la política, si bien en cada período he puesto más el énfasis en una o en la otra. Así, creo que se pueden distinguir varias etapas en mi recorrido vital, cada una de unos diez años de duración aproximadamente. Concretamente, desde 1963 cuando regresé de la Universidad de Michigan para colaborar con el profesor González Seara en la fundación y puesta en marcha del Instituto de la Opinión Pública, hasta 1973 en que fui nombrado Director General de Planificación Social, mi dedicación principal fue la Universidad y la investigación. En la Universidad ocupé durante ese período casi todos los puestos que se pueden ocupar: ayudante no remunerado, ayudante remunerado, encargado de curso, adjunto interino, adjunto por oposición para 4 años, catedrático, director de departamento, vice-Decano y vice-Rector. Creo haber sido el único docente que ha sido simultáneamente catedrático en tres Universidades públicas durante los dos cursos académicos de 1971 a 1973, en Málaga, y en la Complutense y en la Autónoma de Madrid. Como investigador, no solo dirigí las investigaciones del Instituto de la Opinión Pública sino que tuve también ocasión de participar, junto al profesor Torregrosa, en mi primer proyecto de investigación internacional comparada: Imágenes del Mundo en el Año 2000, coordinado por el profesor Johan Galtung en seis países: cuatro occidentales (incluida España) y dos países de la entonces Europa Oriental. Después de dimitir en 1969 como Secretario General del IOP en 1969 pasé a ser asesor en materia de urbanismo y medio ambiente durante dos años en la Dirección General de Urbanismo del Ministerio de la Vivienda, donde tuve ocasión de asistir a la creación de comités de medio ambiente en todos los principales organismos internacionales, por lo pude influir en la creación en España de la Comisión Interministerial para el Acondicionamiento del Medio Ambiente, CIAMA, luego re-convertida en CIMA. Mi dedicación a la política fue en ese período escasa, limitada a ser un observador de la realidad política y social española, pero tratando siempre de mantener puentes de diálogo con todos los grupos políticos que ya entonces se estaban consolidando, y empujando siempre en la dirección de lograr unas mayores cotas de progreso y democratización de

la vida española. Las encuestas del IOP contribuyeron de manera muy eficaz a que la clase política dirigente tomara conciencia de que el régimen franquista no podría sobrevivir a Franco, y a que los líderes de la oposición clandestina tomaran igualmente conciencia de que las nuevas clases medias urbanas no estaban en absoluto dispuestas a respaldar procesos revolucionarios o de saltos en el vacío. Poco a poco se fue abriendo paso la opinión de que el futuro de España requería un gran acuerdo entre la derecha moderada y la izquierda moderada, una tesis que yo ya defendía entonces siempre que había ocasión, y que cierto ministro bautizó con el nombre de “teoría de las botellas”, puesto que yo solía explicarlo en las comidas con dos botellas grandes que representaban a las dos opciones moderadas, y otras dos más pequeñas en los extremos que representaban a la izquierda y la derecha más radicales o extremistas. Mi tesis era que la Guerra Civil se produjo porque los moderados confiaron más en sus respectivas extremas radicalizadas en lugar de confiar más los unos en los otros, y por tanto, que el cambio político a la muerte de Franco se haría en paz si los moderados confiaban más entre sí que en sus respectivas opciones radicales o extremas.

La segunda etapa de mi vida fue marcadamente política, pero sin abandonar mi dedicación a la Universidad y a la investigación. En efecto, en 1973 el Director-Gerente de la Fundación Juan March, Cruz Martínez Esteruelas, fue nombrado Ministro de Planificación del Desarrollo, y como yo estaba en su equipo, como secretario para ciencias sociales de la Fundación, me ofreció y acepté la Dirección General de Planificación Social. En el breve espacio de seis meses, que fue la duración de ese gobierno, el equipo de científicos sociales de muy variada ideología que formé, elaboró unas directrices de la planificación social que posteriormente guiaron gran parte de las reformas de los gobiernos de UCD y también del PSOE. Esas directrices u objetivos fueron: 1) reducir las diferencias y desigualdades sociales (entre sexos, clases sociales, territorios, etc.), 2) fomentar y proteger el pluralismo y la participación sociales (pluralismo y participación cívica y política en todos los ámbitos sociales), 3) mejorar la calidad de vida (frente a la cantidad de vida, es decir, medio ambiente frente a desarrollo económico), 4) dar prioridad a los bienes y servicios de uso colectivo (prioridad al sector público sobre el privado), y 5) fomentar la innovación y el cambio social (frente al inmovilismo). Siempre he afirmado que el asesinato del entonces Presidente Carrero Blanco en diciembre de ese año, marcó el inicio de la transición política en España, de la dictadura a la democracia. Desde ese primer cargo político en 1973, hasta julio de 1982, ocupé diversos cargos políticos siempre muy cerca del núcleo donde se tomaban las decisiones políticas que llevaron al proceso de transición a la demo-



cracia, y en el equipo de Adolfo Suárez desde octubre de 1976. Durante esa etapa de diez años viví de cerca el asesinato de Carrero Blanco, la muerte de Franco, la sustitución de Arias por Suárez, pude votar –como procurador en Cortes por Rector– la aprobación de la Ley de Reforma Política y por tanto contribuí al “harakiri” de aquella cámara y de su régimen, tuve la responsabilidad de pronosticar, creo que con bastante acierto y desde el CIS, los resultados del referéndum sobre la Ley de Reforma Política, las dos primeras elecciones democráticas de 1977 y 1979, el referéndum sobre la Constitución de 1978, y las primeras elecciones municipales, además de proporcionar información al Gobierno de Suárez sobre los estados de opinión en relación con las principales reformas democráticas, desde la legalización del Partido Comunista a la amnistía, pasando por la descentralización del Estado y las muy diversas reformas políticas y sociales. También participé activamente en el Gobierno de Secretarios de Estado y Subsecretarios en la noche del 23 de Febrero de 1981, que tan eficaz y oportuno fue para desbaratar la excusa de los golpistas de que sacaban los tanques a la calle porque había un vacío de poder civil. El final de esta etapa se caracterizó por la práctica desaparición de la ilusión creada por aquel Camelot en el que Adolfo Suárez hiciera de Rey Arturo, Felipe González de Lancelot, el Rey Juan Carlos de Mago Merlín, y la Democracia de Reina Ginebra. En esa segunda etapa no solo no descuidé mi actividad universitaria e investigadora, sino que las mantuve muy activas, si bien en un segundo plano. En efecto, durante esos diez años nunca me acogí a la excedencia especial a la que tenía derecho. Pero, además, desde mi posición de secretario de ciencias sociales en la Fundación Juan March pude poner en marcha un plan de formación y ayuda a la investigación en ciencias sociales que duró 9 años, desde 1973 a 1982, y en el que recibieron becas de estudio o investigación más de un centenar de universitarios españoles. Complementariamente, ayudé igualmente a enviar con becas a Estados Unidos a varias decenas de graduados para formarse en ciencias sociales a través de la Comisión Fulbright y el Comité Cultural de las Bases de Uso Conjunto. Antes de que se produjera la debacle de UCD en octubre de 1982 yo ya había abandonado la política activa y preparaba mi tercera etapa vital.

El tercer decenio de mi vida pública se caracterizó por un predominio de la investigación, si bien desde el sector privado y no público. A finales de 1982 fundé mi empresa de investigación, Análisis Sociológicos, Económicos y Políticos (ASEP), y aunque llevamos a cabo algunas investigaciones en los primeros años, no fue hasta 1986 cuando inicié una actividad regular, el sondeo mensual sobre La Opinión Pública de los Españoles, cuyo XXV aniversario se ha cumplido en octubre-noviembre del pasado año 2011. En ese decenio continué mi dedicación

a la docencia en la Complutense, y a la investigación en ASEP primero y, complementariamente, a través del proyecto CIRES, con el que pude satisfacer mi objetivo de democratizar el acceso a los datos de la investigación. Siempre he creído que la investigación social exige un gran esfuerzo de financiación, y por ello parece lógico que los datos se pongan a disposición de todos los que puedan necesitarlos en depósitos de acceso público. Por ello, ya desde mis inicios en el IOP propuse la publicación de todas las encuestas que se hicieron, y cuando volví a ese centro y lo convertí en CIS se abrió legalmente el archivo de datos al público, especialmente a los investigadores, apertura que se ha ido ampliando y facilitando por mis sucesores en ese organismo público por voluntad política y por los avances tecnológicos en informática. Ese convencimiento me llevó a realizar el proyecto CIRES, que aportó 52 investigaciones nacionales cada una sobre un tema monográfico, y cuyos ficheros de datos brutos fueron distribuidos gratuitamente en disquetes a centenares de centros en España y en el extranjero. Entre 1983 y 1993, por tanto, dediqué mis esfuerzos a promover el acceso a los datos de nuestras investigaciones, iniciando una colaboración con JDSystems que se ha desarrollado a lo largo de los últimos veinticinco años, y que ha resultado en la creación de un Banco de Datos para consulta interactiva y en línea de los datos de varios centenares de investigaciones nacionales e internacionales. Como ha señalado el profesor Almaraz, esta dedicación responde a mi lucha contra la "sociología bajo palabra de honor", es decir, a la lucha contra la publicación de análisis sociológicos basados en encuestas cuyos datos no estén depositados en un archivo de acceso público. Me cabe la satisfacción de decir que en España solo hay dos bancos de datos de encuesta accesibles al público, el del CIS y el de ASEP/JDS, ambos fundados por mí. Durante esta etapa no descuidé mi actividad política, sino que la he seguido practicando no de manera activa, sino como analista político, puesto que en cada informe mensual he realizado siempre un análisis del contexto social, económico y político, nacional e internacional, en que se recogieron los datos de cada mes. Además, recuperé mi actividad internacional representando a España en el Comité Europeo de Población del Consejo de Europa, donde fui elegido sucesivamente miembro del Buró, Vice-presidente, y Presidente por el máximo de dos mandatos previsto en sus estatutos. Durante ese decenio incrementé también mi colaboración con el CESEDEN, donde fui Presidente del Seminario sobre Sociedad y Fuerzas Armadas, además de impartir conferencias en sus distintos cursos para jefes y oficiales.

El cuarto decenio, 1993 a 2003 se caracterizó por mi participación en la ciencia social en el ámbito internacional. En efecto, en 1993 me incorporé a la Encuesta Mundial de Valores que dirige el profesor Ronald Inglehart, y desde



entonces he formado parte de su Comité Ejecutivo. Ese mismo año ASEP fue admitida como representante de España en el International Social Survey Program (ISSP), pero como el CIS también había solicitado esa admisión, los responsables de ambas instituciones, el profesor Arango y yo mismo firmamos un acuerdo de colaboración para participar conjuntamente en ese proyecto, acuerdo que sigue vigente en la actualidad. En 1996 participé también en la creación de otro grupo de investigación, el Estudio Comparado de Sistemas Electorales (CSES), de cuyo Comité de Planificación he formado parte durante tres mandatos, hasta 2008. Durante estos diez años también colaboré con la sociología institucionalizada, de manera que fui elegido miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Internacional de Sociología en 1994, y Vice-presidente de Socios y Finanzas en 1998, Presidente de la Federación Española de Sociología en 1995, miembro del Board of Directors del Roper Center (en la Universidad de Connecticut) en 1997, y miembro del Comité de Altos Expertos nombrado en 2002 por el Presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, para el Dialogo entre los Pueblos y Culturas del Mediterráneo, comité que todavía está activo. Es evidente que la actividad internacional predominó en este período sobre cualquier otra, pero continué con mi dedicación universitaria en la Complutense y con mis análisis políticos en ASEP.

Estoy ahora en mi quinto decenio, el que va de 2003 a 2013, y por tanto carezco de la perspectiva necesaria para evaluarlo de la misma manera que he evaluado los anteriores. Aunque, por imperativo legal, he sido ya apartado de la docencia pública, continúo con esa actividad tanto en centros universitarios públicos como privados, y continúo con mi actividad investigadora tanto en España como en el ámbito internacional. Creo vislumbrar que este decenio se caracterizará por mi dedicación a movilizar a la sociedad civil para mejorar la calidad de nuestra democracia, que parece estar algo deteriorada por la partitocracia, por la corrupción política y por las reivindicaciones territoriales. En esta etapa he pasado a formar parte de la Junta Directiva del Foro de la Sociedad Civil, del Comité Ejecutivo de la Asociación para la Defensa de la Transición, del Colegio Libre de Eméritos y he colaborado en el informe de los 100 elaborado por la Fundación Everis. En todos estos grupos sigo empeñado en lograr una democracia de mejor calidad para España, y continúo en mi labor de tender puentes en lugar de abrir abismos entre españoles. Es evidente que no considero haber terminado mi actividad con la jubilación legal. Comencé a trabajar con 18 años y, si Dios me da salud, me jubilaré “cuando me pongan el pijama de madera”, pero no antes. Por tanto, confío en que todavía seguiré trabajando después de este decenio 2003-2013.

Contribuciones científicas y políticas

Haciendo introspección, creo haber sido de centro desde muy joven, tanto en la ciencia como en la política, lo que en mi opinión significa que he huido siempre de los extremismos. De mi bachillerato creo que me impactó la frase de Aristóteles relativa a que en el centro está la virtud, y de Kant internalice el imperativo categórico. Sin haber leído entonces a Bacon siempre me gustó la observación, si bien posteriormente aprendí las técnicas para la descripción y la explicación. Desde mi entrada en la universidad creo que intuí que los españoles no se clasificaban en izquierdas y derechas, sino en tolerantes e intolerantes, y que no hay nadie más dogmático que los nuevos conversos a lo que sea. En mi primer libro, *Sociología: entre el Funcionalismo y la Dialéctica*¹⁷ afirmaba que hacía mía la frase de Unamuno “que no me encasillen”, y por tanto afirmaba que no aceptaba que las teorías sociológicas fuesen dogmas de fe, sino instrumentos para intentar conocer la realidad social. Por el contrario, desde un pragmatismo muy consciente, afirmaba que cada teoría sociológica explicaba una parte de la realidad social, pero no toda. Rechacé desde un principio los intentos de encontrar teorías globales que lo explicasen todo, y acepté el punto de vista de Merton en cuanto a que lo más a lo que podemos aspirar es a teorías de alcance medio, como he practicado en mis investigaciones. El mismo pragmatismo lo he aplicado a la metodología. Siempre me pareció un tanto pueril la discusión sobre las ventajas del método cuantitativo o el cualitativo, pues ello siempre dependerá de lo que se quiera explicar. Como Nagel puso de relieve hace varios decenios¹⁸, hay muchas formas de explicación científica. De igual manera que no acepto que exista una sola teoría que explique toda la realidad social, sino muy diversas teorías de alcance medio, tampoco creo que exista un sólo método sociológico, sino una variedad de métodos según cual sea la realidad que se pretenda explicar. Se puede decir que mi formación metodológica, adquirida sobre todo en mi postgrado en Ann Arbor, tiene raíces en Nagel, Cohen, Lazarsfeld, Galtung, Blalock, Zeisel y otros, pero con sus antecedentes en Bacon, Stuart Mill, o Durkheim entre otros. Siempre he pensado que España aceptó con gran facilidad el racionalismo de Descartes, puesto que en gran medida era coherente con la corriente aristotélica y la escolástica tomista de tanto arraigo en España, pero que ha tenido (y posiblemente todavía tiene) muchas más dificultades para aceptar el empirismo

17 Juan Díez Nicolás, *Sociología: Entre el Funcionalismo y la Dialéctica*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1969 (2ª edición en 1976)

18 Ernest Nagel, *The Structure of Science*, Harcourt, Brace and World, Inc., New York, 1961



de Hume. Si el racionalismo nos permite derivar hipótesis explicativas, sólo la verificación empírica permite contrastar esas hipótesis con la realidad. Deducción y verificación son dos procesos que se complementan.

De mi formación en Michigan creo haber obtenido dos enseñanzas básicas, una teórica y otra más técnica. La segunda fue, sin duda, la formación metodológica y técnica que me permitió transferir a España lo aprendido en el Detroit Area Study y en el Institute for Social Research para crear toda la estructura técnica del Instituto de la Opinión Pública, que a su vez ha influido en el desarrollo de la investigación empírica en España¹⁹. En el plano teórico introduje en España el conocimiento de la teoría del Ecosistema Social desarrollada en Michigan por Hawley y Duncan²⁰, como revisión sociológica de la escuela de Chicago de Park y Burgess, demasiado vinculada a la ecología vegetal y animal. Contrariamente a lo que algunos me atribuyeron, nunca fui un “parsoniano” estructural-funcionalista, como tampoco fui “marxiano”, precisamente por mi rechazo a considerar las teorías como dogmas de fe, pero he derivado de estos dos y de otros enfoques diferentes hipótesis que he intentado verificar empíricamente a través de la investigación. Con mucha frecuencia he utilizado el enfoque del ecosistema social porque permite el enfoque estructural y el del conflicto y el cambio sociales. Mi recurso a un modelo teórico es muy pragmático, lo uso si me sirve para explicar una parcela de la realidad, pero siendo consciente de que no me servirá para explicar toda la realidad social. Por ello, inicié mis primeras investigaciones desde el modelo del ecosistema social, y por ello la mayor parte de mis primeros trabajos e investigaciones tuvieron que ver con la población y el medio ambiente. Una ayuda de investigación concedida por el Population Council of America para escribir mi tesis doctoral en Ann Arbor me fue mantenida cuando decidí volver a España para co-fundar el IOP en 1963, tesis que leí en 1967 bajo el título *de Especialización Funcional y Dominación en la España Urbana*²¹. Posteriormente, otra ayuda de investigación concedida en 1970 por las Fundaciones Ford y Rockefeller, me permitió realizar en España la primera encuesta sobre Fecundidad y Control de la Natalidad, todavía en pleno franquismo, seis años antes de que el INE realizara su primera investigación nacional sobre fecundidad, ya bajo el primer gobierno

19 Juan Díez Nicolás, *Los Españoles y la Opinión Pública*, Editora Nacional, Madrid, 1976

20 Juan Díez Nicolás, “Prólogo” a Amos Hawley, *La Estructura de los Sistemas Sociales*, Tecnos, Madrid, 1966.

21 Juan Díez Nicolás, *Especialización Funcional y Dominación en la España Urbana*, Publicaciones de la Fundación Juan March-Editorial Guadarrama, Madrid, 1972.

de Suárez. Creo por tanto haber abierto camino tanto en las investigaciones sobre la distribución territorial de la población española como sobre sus procesos básicos de mortalidad y natalidad, y su incidencia sobre la estructura por edades. Pero el mismo enfoque teórico me permitió adentrarme en el estudio del medio ambiente, y cuando tuve la oportunidad política de tomar decisiones sobre la política medio-ambiental apliqué algunos de estos conocimientos, como por ejemplo al establecer la obligación de realizar estudios de impacto ambiental en los proyectos de obras públicas. He realizado investigaciones sobre los cuatro elementos del ecosistema social, sobre la población, sobre el medio ambiente, sobre la tecnología (especialmente la de los transportes y comunicaciones) y sobre las formas de organización social (especialmente las familiares, las políticas y las económicas) y sobre los sistemas de valores y creencias, y en todos los casos desde la perspectiva más estructural-funcionalista y desde la perspectiva del conflicto y el cambio.

A finales de los años '60, conocí a Galtung y su teoría centro-periferia, que me pareció una herramienta muy útil para explicar la aparición y difusión de nuevos valores y actitudes sociales. Puesto que ya entonces trabajaba en análisis de la opinión pública, me dí cuenta desde el primer momento de su utilidad complementaria a la teoría del ecosistema social. En efecto, si el modelo del ecosistema explicaba cómo los sistemas de valores surgen como respuesta adaptativa de una población en su interacción con el medio ambiente del que obtiene los recursos necesarios para su supervivencia, el modelo centro-periferia y su índice de posición social explicaban como esos nuevos valores se difundían a través de la sociedad. Durante años y a través de numerosos trabajos de investigación he podido verificar, con datos españoles y de otros países, la complementariedad de estos dos enfoques teóricos. Recientemente, además, he introducido variaciones en la manera de componer ese índice de posición social para aprovechar las nuevas tecnologías informáticas que no existían todavía cuando Galtung lo desarrolló. El propio Galtung ha aceptado esas modificaciones, hasta el punto de haber colaborado con él en un libro colectivo poniendo al día la teoría centro-periferia y el índice de posición social²². Varias décadas más tarde, como he indicado, entré en conocimiento de Inglehart y de su teoría sobre el cambio de valores en las sociedades industrializadas y post-industriales, y

22 Juan Díez Nicolás, "Some Theoretical and Methodological Applications of Centre-Periphery Theory and the Social Position Index", en Kees van der Veer, Ake Hartmann, Harry van den Berg (eds.) y Juan Díez-Nicolás, Johan Galtung y Håkan Wiberg, *Multidimensional Social Science*, Rozenberg, Amsterdam, 2009.



una vez más pude comprobar cómo este enfoque teórico encajaba y se complementaba perfectamente con los otros dos enfoques teóricos, el del ecosistema social y el de la difusión de los nuevos valores sociales desde el centro a la periferia de las sociedades, como he puesto de manifiesto en diversos trabajos. La relación positiva entre el índice de posición social y los valores post-materialistas o de auto-expresión están fuera de toda duda²³. La combinación de estos tres enfoques teóricos puede considerarse como una de mis modestas contribuciones a la ciencia social, hasta el punto de que sus autores, Hawley, Galtung e Inglehart, se han visto muy complacidos al comprobar la complementariedad teórica en la que ellos mismos no habían reparado.

Modestamente, pero como se puede comprobar en mis investigaciones y publicaciones, creo haber sido uno de los pioneros en España en el estudio de las relaciones de interdependencia entre los centros urbanos, de las causas y consecuencias del descenso de la fecundidad, del proceso de envejecimiento demográfico de la población, de la inmigración a partir de 1991, cuando España pasó de ser país de emigración a país de inmigración, y por supuesto del cambio de valores en las sociedades industrializadas. En este último tema no sólo he podido validar para España las hipótesis derivadas de las teorías de Inglehart y de Galtung, sino que anticipé el retorno a los valores materialistas no sólo en España sino en general en los países desarrollados como consecuencia de la pérdida de seguridad económica y personal a partir del año 2000 aproximadamente, un cambio que se ha reforzado aún más como consecuencia de la crisis financiera y económica que se inició en 2007. Creo haber sido también uno de los pioneros en el estudio de la imagen de toda clase de instituciones en nuestra sociedad, incluidas algunas durante algún tiempo consideradas como tabú, como era el caso de La Corona y las Fuerzas Armadas. Y, desde un punto de vista metodológico, he dedicado muchas de mis investigaciones a la elaboración de índices e indicadores sociales.

En estos últimos años me he interesado especialmente por las investigaciones sobre Seguridad. Como he señalado ya en varias publicaciones, si el siglo XX se caracterizó por la confrontación entre los conceptos de Igualdad y Libertad, el siglo XXI se va a caracterizar por la confrontación entre los concep-

23 Juan Díez Nicolás, “¿Regreso a los valores materialistas? El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados”, *Revista Española de Sociología (RES)*, 15, Madrid, 2011

tos de Libertad y Seguridad. El problema que se plantearán los ciudadanos, especialmente en las democracias, es el de decidir a cuantos grados de libertad estamos dispuestos a renunciar para garantizarnos unos determinados niveles de seguridad. La seguridad, tanto objetiva como subjetiva, en su doble faceta de seguridad ciudadana y defensa nacional, es mi principal proyecto de investigación para los próximos años.

A lo largo de mi vida he procurado evitar ser un “hombre unidimensional”, lo que me ha llevado a ser alternativamente demógrafo, sociólogo o politólogo, a ser científico y político, a no adscribirme a una escuela de pensamiento ni a una ideología política, sino a considerar, por convencimiento, que nadie está en posesión de la VERDAD con mayúscula, y que en casi todas las escuelas y doctrinas se pueden encontrar siempre porciones de verdad. Por eso he seguido en mis investigaciones una de las dos escuelas a las que se refería Wright Mills, la de dedicarme a un tema con intensidad durante unos años, hasta que otro tema ha captado mi interés, en lugar de seguir con el mismo tema toda la vida. En otras palabras, he procurado ser siempre curioso e independiente, y por ello he reclamado siempre el derecho a poder equivocarme solo, sin ayudas, lo que en el siglo XIX se denominaba “un libre-pensador”, procurando siempre comprender al otro, ejercer esa “verstehen” que proclamaba Max Weber, es decir, la neutralidad objetiva al evaluar la realidad. Sin embargo, cuando he tenido que comprometerme lo he hecho, si bien con las reservas y limitaciones que expresa Raymond Aron cuando dice que “para el profesor que quiere entrar en política la dificultad proviene de la disciplina y de la doctrina de los partidos. En ningún país del mundo y en ninguna época existe un solo sociólogo ni un solo economista que sea capaz de tomar al pie de la letra el programa de ningún partido político. En el mejor de los casos, sólo podrá adherirse a ellos haciendo un amplio uso de lo que, en materia religiosa, se llamaba la interpretación simbólica.”²⁴

Termino pues como comencé, dando las gracias a la UNED por acogerme en su claustro, y dándoles las gracias a todos los asistentes por haberme escuchado

²⁴ Raymond Aron: "Introducción" a Max Weber: *El Político y el Científico*. Alianza Editorial, Madrid 1988, p. 41.



“Ciencia y Política: el centro como experiencia vital”

